



Toledo. Puente de Alcántara y Alcázar. (Dibujo de A. Robida, 1880.)

des sin los impedimentos que implican el valor artístico de todo lo que les rodea.

El lugar elegido para el ensanche de Toledo reúne todas las condiciones que en un caso como este se pudiera desear. No perjudica la silueta de la ciudad y tampoco está demasiado alejado de ella.

Edificios oficiales, viviendas de renta reducida se van construyendo allí, resolviendo el angustioso problema de la vivienda que actualmente se padece, por la gran cantidad de edificios destruidos. La próxima construcción de la Academia de Infantería en los Alijares hará que la capital experimente un notable aumento de población, que debe ser previsto en las nuevas construcciones.

En la parte Sur de la ciudad, lindando con acantilados que hasta hace poco sirvieron de vertederos de inmundicias, vive en estado lamentable una numerosa población. Estas familias deben ser trasladadas a viviendas higiénicas en la Vega. Deben ser recuperadas las laderas de estos acantilados, desde los que se divisa un bellissimo panorama; y allí, en

frente a la naturaleza salvaje, con el Tajo en la profundidad como pedestal de plata, construir casas pintorescas con pequeños jardines interiores —como la llamada “Casa del Greco”—, donde encuentren el descanso y la paz gentes cansadas o estudiosas, que vayan a la ciudad a descubrir y admirar sus tesoros inagotables. Así Toledo habrá recobrado para siempre su fisonomía y estará a salvo de las asechanzas que las necesidades de la vida moderna imponen, atropellando todo en aras del progreso, y como Bécquer pensaba que en una callejuela estrecha, torcida y oscura, que guardaba fielmente la huella de cien generaciones, se debiera tapiar y colgar un cartel, yo pienso que en la puerta de entrada a la ciudad es donde se debiera grabar el pensamiento del poeta, que decía: “En nombre de los poetas y de los artistas, en nombre de los que sueñan y de los que estudian, se prohíbe a la civilización que toque a uno solo de estos ladrillos con su mano demoledora y prosaica”.

ARÍSTIDES FERNÁNDEZ VALLESPÍN
Arquitecto.